UNA TÓRRIDA TARDE DE VERANO

«¡Ay que ver el calor que estoy pasando hoy! ¿Quién me mandaría llevar el traje de verano al tinte ayer? Este otro es demasiado grueso, y además, parece que ha encogido desde la última vez que me lo puse. Por Dios, como se aprieta a los muslos. ¿Y quién me mandaría comer tantas lentejas? Ya sé que las que hace mamá están deliciosas, pero la verdad es que no aprendo. Ay, ¡tengo el vientre tan hinchado!». Pensaba Mateo mientras conducía su Renault 9 de camino a la residencia de los señores Maqueda de Sala. Las ventanillas completamente abiertas permitían que el tórrido aire del mes de julio sobre su rostro aliviase aquellos sudores tan molestos, a costa eso sí, de sacrificar su perfecto peinado a raya.

Hacía dos meses que había dejado su antiguo trabajo como técnico informático en Computing Inc, una de las mejores empresas tecnológicas del país; y algo más de veinte días desde que había conseguido su nuevo trabajo como gerente comercial en Sinalkin, la primera cadena de distribución de máquinas de coser a domicilio por número de visitas realizadas. No era que Mateo hubiera cambiado de vocación de la noche a la mañana. Aquel cambio laboral había sido el resultado (junto con unas gafas de 5 dioptrías), de su dedicación por más de diez horas al día, durante los últimos doce años de su vida, a redactar y revisar líneas y líneas de código JAVA, C, ABAP y de muchos otros lenguajes de programación, por un sueldo que difícilmente le permitía pagar la hipoteca y llegar a fin de mes. Por fin había decidido dar el gran paso y dedicarse en cuerpo y alma a su gran pasión. Pensaba montar una tienda de cómics, juegos de rol, miniaturas y videojuegos. En definitiva, quería hacer de sus hobbies su modo de vida. Pero el adiós a sus días como programador se había precipitado, debido a ciertas desavenencias con su superior, y a un injustificado arrebató de autoestima, valentía y optimismo que adelantaron un año su renuncia.

A las pocas semanas de haber dejado su trabajo como informático entendió que necesitaría un trabajito para ir pagando las facturas mientras preparaba su nuevo proyecto, y no tardó mucho en conseguir su nuevo empleo. Gerente comercial, «¡qué bien suena!» pensaba, «y seguro que podré tener más tiempo libre para organizar mis cosas». Pero a los pocos días entendió que sólo sería gerente de sí mismo y que la condición que le habían impuesto, de vender dos máquinas de coser al mes, para poder cobrar el salario íntegro, le resultaría bastante más complicada de lo que había previsto. De hecho sólo faltaban tres días para que terminara el mes y no había vendido ninguna.

Durante aquella mañana, había hecho las llamadas a la lista de clientes potenciales que diariamente le pasaba su jefe, el señor Muñoz. Había conseguido cerrar sólo tres presentaciones. Las dos primeras habían resultado como el resto de visitas del mes: Después de dejarle ejecutar toda su actuación, los clientes potenciales habían agradecido enormemente su tiempo, y le habían asegurado que le llamarían, desoyendo el inmejorable descuento del 20% que les había ofrecido si cerraban la compra en aquel momento, como le habían enseñado en el curso de capacitación de una hora (con diploma de asistencia incluido) que había impartido el señor Muñoz el primer día en su nuevo trabajo.

Quizá los señores Maqueda de Sala... Seguro que con aquel apellido eran gente de bien, además vivían en uno de los mejores barrios de la ciudad. Un poco difícil de aparcar por allí, eso sí. Aunque la verdad, lo más probable era que tras su pase de la tarde (como había dado en llamar a la última demostración del día), bajara el telón, guardara la máquina de coser en el maletero y se fuera a casa pronto a seguir planificando su futuro negocio.

No tuvo que dar ni una vuelta a la manzana. Cuando estaba pasando delante del portal, una furgoneta salió dejando un espléndido hueco en el que pudo aparcar con tan solo una maniobra. ¿Sería una premonición? Seguro que sí. No podía tener una racha tan mala... el resto de gerentes comerciales habían vendido ya sus dos máquinas del mes, y algunos llevaban hasta siete u ocho. ¡Los señores Maqueda de Sala serían sus primeros clientes! Pensó eufórico.

Sacó del maletero la pesada caja con la máquina de coser, sus accesorios y las telas que utilizaba en su presentación, y se encaminó hacia el portal. Mateo siempre había sido un

poco enclenque, y últimamente, por cómo le apretaba el pantalón, parecía que también había ganado algo de peso. Pero había tenido mucha suerte con el aparcamiento, sólo serían unos pocos metros hasta la entrada. El cartel de fuera de servicio colgado en la puerta del ascensor hizo que desapareciera instantáneamente el optimismo de hacía sólo un minuto. Con resignación miró las escaleras e inició el duro ascenso hasta el séptimo piso de aquel edificio.

Después de haber realizado dos paradas técnicas, para recuperar el aliento, limpiarse el sudor y descansar los brazos y las piernas, por fin llegó al séptimo piso, mareado, con la camisa empapada, la tripa a punto de explotar debido al copioso plato de lentejas que había comido a medio día y la entrepierna irritada a causa de las estrecheces del pantalón del traje. Se sentó en la escalera y permaneció allí durante casi un cuarto de hora hasta que se sintió con fuerzas para seguir. «Venga Mateo, una hora más y nos vamos para casa» se animó a sí mismo antes de pulsar el timbre.

La empleada del hogar, una señora de unos sesenta años, de pelo rojo como el óxido, recogido en un moño y con un uniforme clásico, le abrió la puerta y le invitó a esperar en una antesala.

—Cuando la señora Maqueda de Sala esté lista le avisará para que entre directamente al salón —dijo mientras desaparecía al otro lado de la esquina que hacía el pasillo de la casa.

Mateo se sentó y escuchó los pasos de la empleada mientras se alejaba. Repasó mentalmente los puntos de la presentación: «Le pido a la señora que me indique donde puedo conectar la máquina. Monto el equipo. Pido que me despejen una mesa para poder desplegar todos los ejemplos. Primero costuras, remaches, cremalleras, ojales, tejido vaquero, seda, algodón... Tengo que intentar no ponerme nervioso, es tan molesto cuando se me traba la lengua. ¡Recuerda sonreír! Una bonita sonrisa da la mitad de la venta. Confianza Mateo, confianza. Ahí está el secreto de todas las cosas. Cree en ti. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo». Y perdido estaba Mateo en sus divagaciones, cuando empezó a darse cuenta de que había pasado casi un cuarto de hora y él seguía en aquel pequeño espacio, sentado, esperando a que la gran puerta doble del salón se abriese y alguien le llamase.

Aguzó el oído intentando percibir cualquier sonido, pero la casa parecía vacía. Se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro, distraído. En una de las idas y venidas anduvo un poco más para echar una ojeada al pasillo que hacía esquina y se internaba en la casa. Era bastante largo, con cuatro puertas a la izquierda. Tras unos diez metros volvía a girar a la derecha y desaparecía en la oscuridad. Se quedó quieto unos instantes, pero no había ningún sonido. Aquello empezó a inquietarle. Se aclaró la garganta un par de veces, haciéndose notar. Nada, ningún sonido de respuesta. «Si en cinco minutos no ha venido nadie, llamaré a la empleada» pensó. Pero no había terminado este pensamiento cuando las dos grandes puertas del salón se abrieron.

—Pase por favor, y disculpe la espera —una voz femenina le llamó desde el interior.

Recogió todo el equipo y entró. Se trataba de un gran salón, con amplios ventanales vestidos con ostentosas cortinas en dos paredes contiguas, que permitían el paso de la luz haciendo un espacio muy luminoso. Dos sofás de cuatro cuerpos dispuestos en forma de L ocupaban la parte central, encarados hacia una chimenea de estilo victoriano, con estanterías repletas de libros a ambos lados, donde la señora de la casa le estaba esperando. Una impresionante mesa de madera rodeada de elegantes sillas de estilo clásico a su alrededor completaban en mobiliario del salón. De la pared en la que se ubicaba la puerta de acceso, colgaban varios cuadros de gran tamaño representando escenas de caza, bodegones y un paisaje bucólico consistente en un turbulento río que atravesaba un bosque para convertirse en una impresionante catarata rebosante de espuma. Rematando la galería pictórica, un retrato de cuerpo entero, de más de dos metros de alto, representando a un caballero vestido con uniforme militar que según le pareció a Mateo, debería ser del siglo XVIII o XIX. El soldado lucía unas pobladas patillas que le cubrían gran parte de la cara hasta el mentón. «¡Menuda casa!», pensó mientras se dirigía al lado de la chimenea donde había visto una toma de electricidad.

—Si no le importa señora, voy a disponer todo para que usted pueda comprobar lo fantástica que es esta máquina de coser —le dijo a la señora mientras pasaba por su lado mirándola de reojo.

Una extraña sensación de familiaridad le embargó en aquel momento. La señora iba vestida con un traje de falda y chaqueta de cuadros marrones. Una impresionante cadena

de oro colgando de su cuello, y varios anillos y pulseras decorando sus manos. Su cabellera pelirroja perfectamente peinada y fijada con laca de tal forma que más bien parecía un casco abultado por los lados fue lo que le hizo saltar la alarma. «Que me lleve el demonio si la señora Maqueda de Sala no es igualita que la asistenta del hogar que me ha abierto la puerta» pensó. «¿Qué está pasando aquí?» Mateo no podía evitar seguir mirando de reojo a la señora mientras torpemente, extraía la máquina y sus accesorios del maletín.

Cuando todo estuvo dispuesto, la señora se sentó en uno de los sofás y Mateo comenzó su presentación, siguiendo el mismo protocolo que había aprendido. Después de tres semanas, Mateo había conseguido cierta soltura, primero contaba las características técnicas del equipo de costura permaneciendo de pie y mostrando las distintas funciones, y luego se sentaba detrás de la máquina y comenzaba con los ejemplos. Pero en aquel momento no le estaba saliendo bien. Se adelantaba y después tenía que volver atrás para contar cosas que había olvidado mencionar, se trababa, y aquel calor no le permitía parar de sudar. Además estaba el asunto del parecido de la señora a la criada... y había algo más. Aquel retrato le estaba poniendo nervioso, ¿pareciera que también estaba asistiendo la presentación? Había algo en aquel cuadro que hacía que Mateo constantemente desviase su mirada de la señora al cuadro y del cuadro a la señora, haciendo que la presentación le estuviese saliendo muy poco fluida, lo que le ponía aún más nervioso y le hacía sudar más.

Una vez hubo tomado asiento detrás de la máquina de coser y comenzado con los ejemplos, la máquina empezó a fallar ¿o acaso era él, que estaba equivocando el procedimiento? Excusándose sacó un pañuelo del bolsillo para limpiar las gotas de sudor que en aquel momento recorrían a borbotones su frente y su cuello.

—Ay sí, este calor tan terrible —acordó la señora Maqueda de Sala mientras se quitaba la chaqueta, dejando al descubierto un abundante escote, que sin duda mostraba más de lo que a Mateo le hubiera gustado.

El escote. El cuadro. La señora. La máquina. El recuerdo de la criada. Aquel escote otra vez... El cuadro. «Este cuadro me está mirando» pensó, mientras torpemente intentaba avanzar con la presentación. «Tiene algo, hay algo raro en él, esos ojos me siguen».

—¿Qué te pasa cariño? —dijo la señora, mientras se levantaba y avanzaba hacia él, interrumpiendo sus pensamientos y haciéndole perder definitivamente el hilo de su presentación.

«Madre mía, esta señora se me está insinuando» pensó nervioso.

—Estás sudando mucho, déjame que te limpie ese sudor. Además, ¿por qué no te quitas la chaqueta? Seguro que estarás mucho mejor. —Mateo no tuvo tiempo de levantarse de la silla y evitar que la señora sacase un pañuelo del escote y comenzara a frotárselo por la cara.

—Señora, no se preocupe, de verdad que no hace falta... —empezó a decir, cuando un fuerte golpe proveniente del retrato lo interrumpió—. ¿Qué ha sido eso? —dijo Mateo.

—No te hagas el inocente conmigo, muchachito. Llevas comiéndome con los ojos desde que me has visto. No disimules. No tienes que conformarte con mirar, cariño. ¡Toma! ¡Ponte las botas! —le dijo la señora abalanzándose sobre él y haciendo que hundiera su cara en su generoso pecho.

Mateo intentó zafarse, pero la fuerza nunca había sido una de sus cualidades, su pequeña estatura y mediocre condición física, no le ayudaron para poder librarse de aquel ataque. Además aquella señora, ¿De dónde sacaba esa fuerza? Lo tenía bien apresado y casi no podía respirar allí debajo.

«Señora, por favor». «Señora, por favor». Era el mantra que Mateo repetía constantemente durante aquel forcejeo, pero la señora iba ganando terreno y ya había conseguido sentarse sobre sus piernas, aflojarle la corbata y abrir su camisa. Un estruendo de golpes detrás del cuadro completaban la banda sonora de aquella escena.

—Señora, ¿no está escuchando esos golpes? Por favor, pare, ahí está pasando algo. —La señora seguía enfrascada en su misión hasta que el sonido del portero automático hizo que se quedase petrificada allí, sentada sobre él, la falda completamente subida y la blusa abierta mostrando el sostén que a duras penas contenía aquellos dos grandes pechos que casi le habían asfixiado hacía solo unos minutos. Un pequeño golpe en el cuadro, el chirriar de una puerta y unos pasos fueron el único sonido durante aquellos instantes,

hasta que Mateo escuchó el murmullo de una voz masculina, y finalmente unos pasos que corrían hacia el salón.

La doble puerta se abrió mostrando a un caballero de unos setenta años, calvo, con una abundante perilla que le cubría casi toda la mandíbula, vestido con una chaqueta cruzada, complementada con una camisa blanca y un sofisticado pañuelo de seda rojo anudado al cuello. Lo impecable de su atuendo terminaba allí, ya que sus piernas, finas como agujas de coser, sólo estaban cubiertas con un calzón suelto, que casi le llegaba a las rodillas.

—Cariño —exclamó— Lucía con nuestro yerno y los nietos. Corre, ¡tenemos que recoger esto!

La señora saltó de las piernas de Mateo y comenzó a vestirse. Mateo hizo lo propio y empezó a recoger su material precipitadamente. Quería quejarse, quería amonestarles por aquello, pero era todo tan raro que prefirió permanecer en silencio, recoger todas sus cosas y marcharse cuanto antes. La señora le apremió para que saliera por la puerta de servicio, pero Mateo tardaría todavía unos minutos en recoger todo.

—No. No. Tienes que marcharte ahora mismo. Rápido sal, la puerta está al final del pasillo. Rápido márchate, por favor —dijo la señora.

—Pero señora tengo que recoger el material —respondió Mateo.

—No te preocupes, ricura, te compramos la máquina. —El señor sacó un fajo de billetes del bolsillo poniéndoselo en la mano.

—Pero, señores, no lo entienden. No es solo la máquina, es todo mi material de presentaciones.

—Te pagamos el doble —dijeron nerviosos —pero tienes que irte. ¡Ahora! —continuó el señor dándole otro fajo aún mayor y empujándole hacia el pasillo, indicándole el camino.

Mateo pasó al lado de una puerta que daba a una pequeñísima sala completamente oscura. Allí, había un taburete apoyado en la pared, los pantalones del señor tirados a un lado y dos pequeños agujeros por los que se colaba la luz del salón... «Entonces lo del cuadro era eso» pensó Mateo, aliviado en cierto modo, mientras era guiado a lo largo del pasillo.

—Gire a la derecha y allí está la salida. Muchas gracias por su servicio. Le llamaremos si

tenemos problemas con la máquina —se despidió el caballero, volviendo hacia el salón.

Al salir por la pequeña puerta de servicio, vio tirado en el suelo un uniforme de empleada del hogar. «Vaya jueguecitos que se traen entre manos estos abuelos. ¡Qué situación!» Salió al descansillo y esperó hasta que la familia de los señores Maqueda de Sala entrase en la casa. Escondido en un rincón, escuchó el timbre de aquella puerta y los efusivos gritos de los nietos saludando a sus abuelos.

Mientras bajaba revisó el taco de billetes que el señor Maqueda de Sala le había entregado. Allí había para pagar tres máquinas de coser... En su viaje a casa pensó si aquello había sido algo bueno o algo malo. La verdad era que habían sido las dos cosas. Había cumplido su objetivo del mes, pero esperaba no tener que volver a hacer una venta tan extraña, y desde luego esperaba que los señores no llamasen para ningún servicio de post venta.

FIN